

Temas:

Las prácticas experimentadas en las regiones rurales y en las ciudades para hacer frente a la guerra y lograr la reproducción social.

Las relaciones de las comunidades autoorganizadas como muestra de la reunificación social.

El desborde de las organizaciones políticas y sociales por la insurrección y la transformación de la vida material

A partir de la colectivización aragonesa sabemos que cuando la resistencia está en las calles y en el campo: la revolución lucha contra los opositores declarados, los reaccionarios políticos, pero también contra los opositores del mismo bando, los reformistas y los defensores del orden y el control. A partir de sus ejercicios de autodeterminación también podemos saber que: la revolución lucha contra todas las formas de ejercer el poder; privilegiando, en su lugar, el cultivo de la vida. Además, sabemos que: la revolución no crítica al poder para saber que está ahí y puede funcionar mejor, más “democráticamente”; la revolución lucha por desaparecer el poder y sus efectos. La colectivización en Aragón nos enseña que no se critica a la ley para refundarla, se critica en la práctica para desaparecerla, reconociendo que es posible la justicia social sin ley, sin aparatos coercitivos.

Sin la guerra fascista sobre sus espaldas la revolución libertaria no hubiera manifestado con la radicalidad con la que lo hizo sus potencias constructivas. La guerra fue, en algún sentido, un catalizador de la revolución que se construía en los campos y las ciudades con fuerte presencia de la CNT y la FAI, que desde lustros antes trabajan cotidianamente para sentar las bases de otra vida colectiva. El vínculo entre fascismo y revolución no es sólo coincidencia en el ciclo agrícola, la guerra estalla cuando los campos libertarios están para cosecharse.

Entonces, se inició la colectivización como realización cultural de la revolución. Pero no sólo fue la toma de predios, fue más que eso. La expropiación de tierras fue correlativa a la superación de la enajenación política, al retorno al trabajo creativo para la reproducción de las formas concretas de existencia. En la base hubo un principio autorregulatorio, consecuente con el cultivo de la autodeterminación.

Los ejercicios de autonomía política y económica nos permite reconocer la distancia enorme que hay entre el proceso de organizar y articular y el proceso de institucionalizar y gobernar; el primero presupone una lógica de solidaridad mancomunada, el segundo una lógica de delegación. La ayuda mutua, la solidaridad en actos y el respeto práctico configuran otra espacialidad y otra temporalidad de la vida colectiva, en el caso aragonés otra territorialidad. Las formas de organizar el trabajo colectivo reconfiguran el territorio y las percepciones que de él se tienen. El nuevo territorio no es

homogéneo, expresa la pluridimensionalidad de la vida colectiva, condición básica de la autogestión confederada. La vida no se hace homogénea, articula las diferencias para poder, al menos temporalmente, suprimir las marcas de la vida enajenada del capitalismo: el dinero y la propiedad privada.

Esto replantea la lógica entre las capacidades y las necesidades, para no ser presas del posibilismo ni del voluntarismo. Estudiar las situaciones y a sus sujetos es el principio para no generar proyectos unívocos ni homogéneos. Esto no surge de la nada, son lustros de trabajo lo que lo hacen posible.

La colectivización es una actitud, no una receta. La colectivización expresa un principio de acciones conjuntas, mancomunadas, mediante una dialéctica entre el individuo y la comunidad, entre la libertad personal y la libertad colectiva. Esto permite hacer la historia sin leyes, bajo el principio de la contingencia y lo potencial. Se realiza lo que las fuerzas, las creatividades y la espontaneidad colectiva permiten; desde aquí se plantean problemas y sus posibles soluciones, no se siguen recetas o planes preestablecidos. Hay una complementariedad del proceso formativo y el proceso constructivo, que permite poner en común las potencias colectivas y hacer común también las obligaciones. Su objetivo no es ser complejo, enredado, sino lo más simple posible, lo más articulado desde las pequeñas acciones. La sencillez es la condición de la confianza mutua.

La revolución libertaria dislocó las escalas del poder y de la transformación, fue posible desde lo aprehensible, lo próximo, lo identificable, lo que se sabe trabajar; poco a poco tejieron ejercicios concretos hasta armar una red confederada, pero sin perder de vista las escalas pequeñas, aquellas en las que la vida concreta se reproduce. A partir de estos, se puede pensar al confederalismo como una forma de universalidad concreta, una interconexión de diferencias, no porque las sintetice o las supere, sino porque las articula, las conecta desde su especificidad. Confederar no es una expresión del poder pastoral (aquel que da al rebaño las condiciones para reproducir su existencia subordinada), es una potencia que conecta diferencias cooperativas bajo el principio de la igualdad: igualdad de las inteligencias e igualdad de valor de las acciones. El confederalismo permite hermanar regiones con distintas condiciones geográficas, apoyar a las menos beneficiadas en climas o suelos, compartiendo los frutos de las mejores tierras.

El ejercicio de autodeterminación catalán y aragonés nos enseña que la escala menor de la colectivización, la cooperativa, funciona no por su forma, sino por el trabajo que organiza. No es una forma que tenga garantizado el éxito de antemano, es un compromiso colectivo; su actualización depende de las capacidades, necesidades y deseos de las personas que la integran; de la capacidad de extirpar la dominación y poner el centro el cultivo de la vida concreta. Ciertas premisas permitieron bajo las cuales operaron las cooperativas permitieron vislumbrar mundos liberados, tales como: la disolución de la propiedad privada, el fin del control absoluto de las cosas y la superación del dominio privilegiado de conocimientos. Por eso, la cooperación era una forma opuesta a la de la competencia empresarial. Lo que no se tradujo en todas las personas haciendo todo, sino en un esfuerzo de

aprendizaje mutuo y un respeto en actos por las tareas asignadas. Así, la autogestión no fue un gesto aislado, sino una actitud ante la vida y un compromiso con la colectividad.

La colectivización es posible por una refuncionalización creativa de las potencias colectivas previas. De esto podemos aprender que la herencia, en el acto revolucionario, no es lo que se cede, lo que se otorga, sino lo que se toma, lo que apropia para construir una identidad. La herencia en la revolución es refractaria, no exegetica, no fiel en el sentido religioso. El espacio de la herencia es el de la asamblea, el debate; su vehículo la palabra. Porque nada está resuelto y todo está por hacerse, el cuidado del decir y el hacer es central. La revolución española enseña que se hace filosofía libertaria desde las prácticas, se teoriza el mundo desde el trabajo manual, desde la lucha por la sobrevivencia. No importa si se habla o no de la manera correcta, sino que se innova en la construcción de realidades colectivas.

Como todo intercambio desde la experiencia vivida, no se está libre tensiones y contradicciones. Las más grandes provenían del hecho de enfrentar una guerra. Así como la guerra catalizó la fuerza revolucionaria, la guerra liquidó sus frutos, los redujo, dispersó. Y durante lustros se encargó de silenciar su memoria.